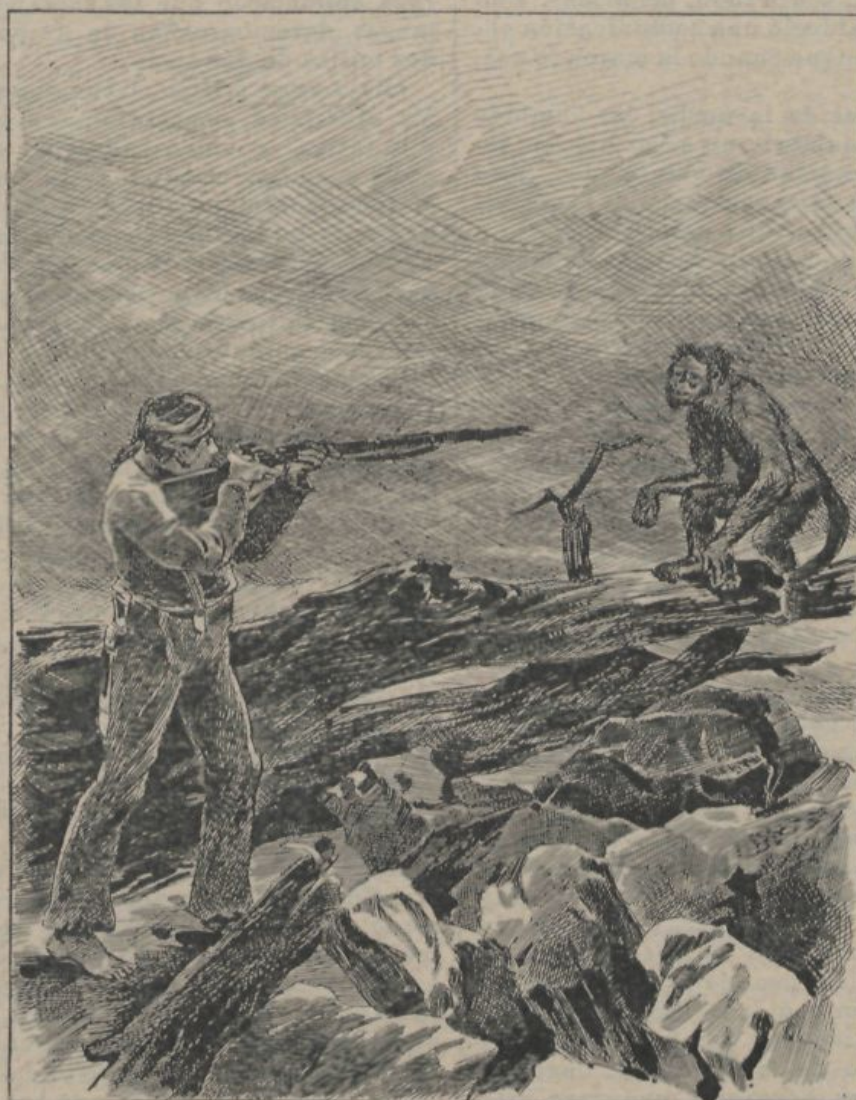


# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.<sup>a</sup> SERIE ✧✧ BARCELONA, junio de 1895 ✧✧ NÚMERO 34

— Con el presente número se entregará el cuaderno 34 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



LA TRIPULACIÓN DEL «ALCESTES»

Un centinela, al ver acercarse una figura de aspecto sospechoso... no contestando á las voces de alto, levantó su mosquete é hizo fuego



## SUMARIO

La tripulación del *Alceste* (continuación).—El cazador de caballos (conclusión).—Pensamientos.

## LA TRIPULACION DEL "ALCESTES"

(Continuación)

Con este fin se enviaron varios hombres para quemar la maleza y despejar un espacio en la cumbre, con lo cual se ahuyentaron las hormigas, las serpientes, los escorpiones, los ciento-piés y otros animales dañinos de aquella región. Otros hombres se ocuparon en trasladar las provisiones y depositarlas, bajo la más estricta vigilancia, en una especie de cavidad natural formada por el desprendimiento de grandes fragmentos de roca. A bordo del buque naufragado se estacionaron también varios tripulantes, para ver si podían salvar algunas provisiones más y, sobre todo, las armas. Con este motivo se estableció una comunicación entre la orilla y el buque cuando la marea lo permitía.

A eso de las once de la noche, los hombres que se ocupaban en abrir un pozo habían socavado á la profundidad de veinte pies, poco más ó menos, cuando encontraron el fondo arcilloso, de color rojizo, que parecía húmedo y no tenía sabor salino. Poco después de media noche se llevó al capitán una botella de agua cenagosa, como muestra, y, apenas se comprendió que era dulce, todos se precipitaron con tal afán, que no permitían á los hombres continuar su trabajo. Entonces se pusieron centinelas para que no se les entorpeciese y á fin de que el agua se reposase un poco. Afortunadamente, en aquel momento comenzó á caer una copiosa lluvia, y al punto se extendieron las sábanas, los manteles y servilletas, que, bien retorcidas después, dieron una regular cantidad del precioso líquido. Muchos se bañaron en el mar, pensando que esto les aliviaría igualmente.

Durante el jueves, día 20, el pozo dió un cuartillo de agua para cada individuo: tenía un sabor dulce, algo semejante al del jugo del coco; pero nadie se quejó de esto. El día se empleó, principalmente, en trasladar todos los efectos desde la base de la colina á la cumbre, trabajando todos con la mejor voluntad. Debe advertirse que el capitán los despertó muy temprano por la mañana para dirigirles un breve discurso, indicando lo crítico de la situación y la absoluta necesidad de unirse todos para hacer frente á las dificultades. Concluyó recordándoles que estaban sometidos aún al reglamento de la disciplina naval, y aseguróles que era necesario vigorizar esta disciplina aún con más rigor que á bordo de la fragata. Añadió que al repartirse las provisiones se observaría la más estricta imparcialidad hasta que llegase auxilio.

En aquel día hubo en la isla un inusitado

movimiento, que contrastaba con su soledad de dos días antes. En las profundidades de los bosques resonaron voces de hombres y los golpes del hacha y del martillo; por la colina bajaba y subía gente, y entre el buque y la orilla circulaban botes; pero pocos efectos se extrajeron de aquél, y los artículos de más valor estaban bajo el agua.

Muy pronto se presentó un peligro.

El viernes, 21, los que estaban á bordo de la fragata observaron cierto número de proas malayas que avanzaban hacia ellos: las embarcaciones estaban, al parecer, bien armadas y llenas de hombres. No teniendo ni una sola arma para defenderse, saltaron al bote, y, apenas lo habían hecho, los piratas comenzaron á perseguirlos; mas, al observar que otras dos embarcaciones se destacaban de la isla para prestar auxilio, los malayos renunciaron á la persecución y volvieron al buque, del cual se apoderaron. En el campamento cundió la alarma, y todos se prepararon para la defensa. Al poco tiempo, los hombres que vigilaban desde una roca anunciaron que los salvajes, armados de lanzas, desembarcaban en un punto situado á dos millas de distancia.

«Bajo estas tristes circunstancias, — escribe Mr. Mac-Leod, — acosados por el hambre, la sed y la fatiga, y amenazados del ataque de un cruel enemigo, el ánimo y la buena voluntad de todos fueron sublimes. Se dió la orden para que cada cual se armase como mejor pudiera, y obedeciéndose con la mayor prontitud. Con ramas de árboles jóvenes se formaron toscas picas, y en la extremidad de largas pértigas sujetáronse puñales, cuchillos y toda clase de instrumentos punzantes, y hasta clavos, que se afilaron todo lo posible. Los que no pudieron obtener nada mejor, quemaron la extremidad de los palos en el fuego para aguzarlos, y así tuvieron un arma. Tal vez se contaban hasta una docena de cuchillos de los marineros, y unos treinta mosquetes con bayonetas; pero no fué posible reunir más de setenta y cinco cartuchos entre todos. Por fortuna, conservábamos alguna pólvora suelta, extraída de los cañones poco después del naufragio, y los marineros, arrollando pedazos de botellas rotas en los cartuchos, hicieron una especie de metralla que no dejaría de producir su efecto. Se mandó que ningún hombre hiciera fuego hasta que tuviera la seguridad de no errar el tiro.

»Bajo la dirección del capitán, el carpintero, Mr. Cheffy, con sus auxiliares, construyó una especie de obra defensiva con troncos de árboles caídos, rodeando con una cerca el terreno que ocupábamos. Los huecos se rellenaron con ramaje, y se consolidó la obra de modo que pudiéramos impedir, bien resguardados, el paso de un enemigo desprovisto de artillería.

»La parte de la isla en que habíamos desembarcado era una especie de lengua de tierra, flanqueada en un lado por el mar, y en el otro por una caleta que se prolongaba más de una milla tierra adentro, comunicándose casi con el mar en su desembocadura. Nuestra colina



era el punto exterior de esta lengua, y su forma se podía comparar muy bien con la de una ponchera invertida, y el círculo en que ésta se hallaba representaría la fortificación, mientras que el espacio interior era nuestra ciudadela.

»Según el informe de nuestros exploradores, recibido después de haberse visto la primera vez á los malayos, éstos no desembarcaban aún, pero habían tomado posesión de algunas rocas, sobre las cuales depositaban algunos efectos cogidos en el buque, que estuvieron visitando durante todo el día.

»Llegada la noche, todos permanecieron junto á sus armas, y á fe que ofrecían el más extraño grupo que imaginarse pueda. Hasta los muchachos habían atado tenedores en las puntas de sus pértigas para defenderse, y uno de ellos, aunque herido por la caída de uno de los mástiles, ocupábase en dicha operación. Preguntado qué pensaba hacer con aquello, contestó que él no podía tenerse en pie, pero que el primer enemigo que se acercase á su hama le señalaría para siempre. Los oficiales y marineros se formaron con regularidad en diferentes compañías, señalándose á cada cual su puesto, y algunos hombres recibieron orden de vigilar los botes durante la noche. Apenas cerró ésta, reconocióse la utilidad de semejante medida, pues, habiendo anunciado un centinela que se oía ruido entre los matorrales, todos ocuparon su puesto acto continuo sin la menor confusión.

»En la mañana del domingo, día 22, algunos botes malayos se acercaron al sitio donde estaban amarrados nuestros botes, y, á fin de averiguar si los salvajes deseaban comunicarse con nosotros, amistosamente, saltaron á la chalupa un oficial y cuatro marineros para acercarse á los recién venidos, enarbolando una rama de árbol, símbolo de paz en todas partes. Con esto se indicaba nuestro deseo de hablar con los malayos en buena inteligencia; pero todo fué inútil: limitábanse á reconocer nuestra posición, y muy pronto se alejaron, bajando rápidamente hacia su roca.

»El segundo teniente, Mr. Hay, recibió entonces orden de dirigirse hacia el buque con el cúter y la chalupa, armados como mejor se pudiera, para tomar otra vez posesión del *Alcestes* de grado ó por fuerza, pues los piratas no parecían contar en aquel momento con más de ochenta hombres. Los que estaban en las rocas, al ver que nuestros botes se aproximaban, arrojaron los efectos saqueados en sus embarcaciones, y alejéronse á fuerza de remos. Los tripulantes de dos juncos estaban trabajando en el buque; mas, al observar que sus compañeros abandonaban la roca y que los botes seguían avanzando, también huyeron, después de prender fuego en el *Alcestes*, y esto con tan buena maña, que á los pocos minutos las llamas se elevaron por todas partes, y una nube de humo rodeó el buque. En su consecuencia, los botes no pudieron abordar, y fué forzoso volver á tierra.

»Al pegar fuego al buque, los piratas prestaron realmente un gran servicio á los náufra-

gos, pues, al quemarse las obras superiores y las cubiertas, muchos objetos flotaron desde abajo y fueron cogidos más fácilmente. A decir verdad, el capitán Maxwell había pensado ya en incendiar el *Alcestes* antes de que apareciesen los malayos.

»El buque,—dice Mr. Gilly,—continuó ardiendo toda la noche, y, al elevarse las llamas por todos lados, iluminaron el sombrío paisaje y las altas copas de los árboles, ofreciéndose entonces á la vista un conjunto digno del pincel de Salvator Rosa. En la cumbre de una colina, y bajo las ramas de los majestuosos árboles, divisábase un tosco campamento formado por algunas cabañas, mientras que acá y allá veíanse grupos de hombres en distintas actitudes, armados de cuchillos ó picas y semejantes más bien á una cuadrilla de bandidos que á la tripulación de un buque de guerra inglés.»

El incendio de la fragata, sin embargo, hizo perder toda esperanza de paz con los malayos: estos últimos, y más particularmente esas tribus errantes y piráticas que infestan la costa de Barneo, Bliton, y los puntos más salvajes de Sumatra, pertenecen á una raza la más sanguinaria é inhumana que pudiera encontrarse en ninguna parte del mundo. Los *battas* son realmente caribes; y, al incendiar el *Alcestes*, estos piratas dieron una marcada prueba de sus disposiciones respecto á la tripulación.

Durante la noche ocurrió un incidente, aunque, bastante chistoso en sí, produjo entonces gran alarma.

Un centinela, inquieto al ver acercarse una figura de aspecto muy sospechoso, que acababa de salir de la oscuridad y se dirigía hacia él, rehusando contestar á las repetidas voces de alto, levantó su mosquete é hizo fuego. En el mismo instante cundió la alarma en todo el campamento, creyéndose que los malayos habían llegado ya; pero no fué poca la sorpresa de todos cuando se supo que el supuesto enemigo era un gran mono de la raza de los cinocefalos, muy abundantes en aquella isla. Estos cuadrumanos fueron muy molestos por lo ladrones y audaces, y hasta se llevaron algunos patos que se habían salvado del naufragio. Las demás aves de esta especie que se conservaban aún estaban tan espantadas, que por sí propias abandonaron el limitado recinto donde se las colocó, para refugiarse entre la gente. En el pozo, donde se mantenía de continuo una gran hoguera á fin de ahuyentar los mosquitos, los centinelas se alarmaron más de una vez al divisar entre los árboles las negras caras de aquellos monos.

Durante toda la noche, la fragata estuvo ardiendo, triste espectáculo para todos los tripulantes, pero, sobre todo, para aquellos que se habían ocupado demasiado activamente desde el momento en que ocurrió el desastre para pensar en todo menos en su propia conservación, y que ahora, en el silencio de la noche, veían en aquello un triste pronóstico de que no volverían á sentar el pie en la tierra natal. Poco á poco el fuego fué menos vivo, viéndose tan sólo de vez en cuando una lluvia de chis-



pas que iluminaban las oscuras olas. Al fin, todo fué oscuridad, y nada quedó del *Alcestes* más que el casco.

«A la mañana siguiente,—dice Mr. Mac-Leod,—se enviaron los botes hacia los humeantes restos, y vióse que un cajón de harina, algunos de botellas de vino, y un barril de cerveza, elevándose, sin duda, desde la bodega, flotaban aún en el agua. Esta noticia se dió cuando terminaba el servicio Divino, celebrado en la tienda de campaña, y, en su consecuencia, se mandó servir á cada hombre un cuartillo de cerveza, orden que colmó de alegría á todos.

»Aquel día se continuó reforzando nuestra obra defensiva, formando un glacis al rededor, para que pudiéramos ver bien á los piratas en el caso de acercarse. Se habían retirado á una isleta conocida con el nombre de Pulo Chalacca, ó Isla del Infortunio, situada á unas dos millas de nosotros, y esperaban, sin duda, refuerzos, pues algunos de los suyos se habían hecho á la vela con rumbo á Billiton.

»Al amanecer del miércoles, día 26, viéronse dos de las embarcaciones piratas, cada cual con una canoa á popa, muy cerca del sitio en que teníamos los botes amarrados.

»El teniente Hay, hombre resuelto, á quien se había encargado aquella noche la custodia de los botes, avanzó inmediatamente hacia los malayos con la chalupa y el cúter; mas, al verle los piratas, cortaron la cuerda que sujetaba las canoas, y alejándose á toda vela perseguidos por los nuestros. Al principio ganaron bastante ventaja; pero la chalupa se aproximaba cada vez más, y cuando estuvo á cierta distancia, los malayos, tomando una actitud amenazadora, hicieron fuego con el pedrero que llevaban.

»El teniente Hay contestó con su carabina, única arma que tenía; y como se acercase más, los malayos lanzaron sus jabalinas y dardos, que cayeron en la chalupa, pero sin herir á nadie. Poco después, los piratas fueron alcanzados; tres de ellos habían muerto cada cual de un balazo; otro cayó al recibir en la cabeza un golpe con la culata de la carabina, y cinco se arrojaron al agua, prefiriendo ahogarse que recibir cuartel: dos quedaron prisioneros, uno de ellos gravemente herido. Aquello fué una lucha cuerpo á cuerpo.

»Los malayos habían adoptado, sin duda, alguna medida para hundir su embarcación, pues zozobró casi inmediatamente.

»Nada podía igualar á la desesperada ferocidad de aquellos hombres: uno de ellos, atravesado de un balazo, no estaba muerto aún, y, al trasladársele al bote para salvarle, pues su embarcación se hundía, cogió iracundo un cuchillo que vió á su alcance, y no se le pudo arrancar de la mano sin lucha: pocos minutos después murió.

»La otra embarcación malaya, después de hacer un disparo, dió la vuelta á la parte norte de la isla y escapó. Sus canoas, muy útiles para nosotros, se condujeron á la orilla, con varios efectos que contenían, robados en el buque.

Aquellas dos embarcaciones malayas parecían ser las mismas que conducían á los que incendiaron el *Alcestes*. Uno de los prisioneros era hombre de edad; el otro, joven; y cuando se les llevó á tierra no creían, sin duda, que se les conservase la vida, pues esperaban resignados la muerte. Sin embargo, se curaron las heridas del joven, desatáronse las manos de su compañero, y se ofreció alimento á los dos, tratándoseles con bondad. Al ver esto, hicieronse más comunicativos, y, al parecer, agradecieron que se diera sepultura á uno de los suyos que llegó á tierra muerto.»

Durante la escaramuza, el oficial Mr. Fisher, que estaba en la playa, observó que una de las canoas que habían sido cortadas, derivando con la corriente, hallábase ya á pocas varas de él; juzgó que valía la pena cogerla, y, arrojándose al agua, nadó hacia la embarcación.

Había llegado ya muy cerca de ésta, cuando los que le observaban desde la orilla vieron como una aleta de pez, muy sospechosa, que surgía sobre el agua, á pocos pasos de Mr. Fisher: era la de un enorme tiburón, que pasaba y repasaba, como suelen hacerlo esos monstruos cuando tratan de coger una presa. Todos estaban mudos de horror: si llamaban á su compañero, tal vez le habrían enervado, pues no veía el peligro, y, en su consecuencia, resolvieron, con el corazón palpitante, dejarle llegar á la canoa, que era lo más seguro. Entretanto, observaban los movimientos del tiburón con angustiosa ansiedad; mientras que el monstruo, creyendo, sin duda, segura su presa, nadaba alegremente de un lado á otro, como para aguzar su apetito, recreándose antes en la vista de su víctima.

Mr. Fisher no se apresuraba, al parecer, porque le complacía el baño, y aproximóse á la canoa, que ya tenía á su alcance. El tiburón se acercó más y más; la vida del oficial dependía sólo ya de un movimiento, de un instante, y la ansiedad de los espectadores se convirtió en verdadera angustia; pero en un segundo se decidió todo. Satisfecho, al parecer, de su baño, el nadador dió un vigoroso empuje, introdujose en la canoa y se salvó.

Solamente cuando miró á su alrededor echó de ver que había tenido la muerte en los talones.

El tiburón, burlado esta vez, se alejó lentamente.

Poco después de este incidente, distinguieronse catorce embarcaciones malayas con varios botes pequeños que se dirigían hacia la isla por el lado de Banca, y no tardaron en detenerse detrás de Pulo Chalacca. Algunos malayos desembarcaron, llevando varios bultos, que dejaron en el bosque para ir á buscar más.

A juzgar por la dirección que seguían primeramente, y por el hecho de anclar en aquel punto, que era el mismo designado para reunirnos cuando marchó lord Amherst, creyóse que tal vez llegaban de Batavia en nuestro auxilio. Aquella gente, según supimos des-



pués, se ocupaba tan sólo en recoger una especie de alga marina muy apreciada de los gastrónomos chinos, que la usan para echar en la sopa, como lo hacen con los nidos de pájaros.

pues los infames fueron á saquear más aún el buque náufrago, que habían visto ya. Es probable que no tuvieran conocimiento de nuestra verdadera situación cuando los vimos por



LA TRIPULACIÓN DEL «ALCESTES»: El buque continuó ardiendo toda la noche.

Al acercarnos nosotros aquella tarde, nos recibieron amistosamente, y hasta nos regalaron algunos peces y cocos. En la mañana del jueves, 27, sin embargo, debimos perder toda esperanza de que nos ayudaran á salir de allí,

primera vez, suponiendo quizás, al ver los uniformes, la bandera y el aspecto militar, que formábamos parte de alguna colonia, como la de Minto, establecida en la isla de Banca. A esta suposición podría atribuirse también la



buena acogida que primeramente nos hicieron, pues desde el instante en que el buque naufrago excitó su codicia y comprendieron nuestro estado, ya no nos ofrecieron peces ni cocos.

Enviar el bote abiertamente para atacarlos no parecía oportuno, pues solamente se hubieron alejado algún tiempo, y además se les ponía en guardia para evitar una sorpresa durante la noche, si se hubiera creído necesario. Además, poco podían llevarse del buque, como no fueran algunas chapas de cobre y fragmentos de hierro, cosas que para ellos parecían tener valor y que para nosotros carecían de importancia material. El día antes habíamos trasladado los botes a una caleta más segura, en parte cubierta por el ramaje de los árboles, y de más fácil defensa, pues dominábanla dos pequeños fuertes que habíamos construido sobre las rocas, donde un oficial con varios hombres vigilaban toda la noche.

Las cosas tomaban mal aspecto, pues había transcurrido ya el tiempo necesario para que llegase el auxilio de Batavia, y adoptáronse algunas medidas para reparar uno de nuestros barcos y construir una balsa y abandonar la isla antes de que las provisiones llegasen a faltar del todo. El sábado, 1.º de marzo, la situación se empeoró más aún, pues la fuerza de los malayos aumentó por la llegada de algunas de sus embarcaciones, que ayudaron a romper los restos del buque naufrago. Al rayar el día del domingo, agregóse más fuerza aún a los expoliadores, y los piratas, dejando algunos hombres trabajando en los restos del *Alcestes*, avanzaron con veinte de sus mayores embarcaciones, colocáronse en línea a un cable de distancia de nuestros botes, dispararon uno de sus pedreros, tocaron sus gongos é hicieron mucho ruido. Los ingleses se pusieron al punto en guardia, enviáronse más hombres para la vigilancia de los botes, y otros observaron atentamente los movimientos del enemigo; pero, según se vió después, éste se proponía tan sólo hacer una demostración, y los malayos é ingleses se limitaron á vigilarse.

Durante esta tregua, el prisionero malayo de más edad, que estaba bajo la custodia de los centinelas del pozo, y á quien se envió, imprudentemente, á cortar leña al bosque, al oír los gritos de su tribu abandonó á su compañero y huyó, llevando consigo el hacha.

El capitán Maxwell, después de haber deliberado, envió una canoa con un oficial y algunos hombres para llevar una carta dirigida á la primera autoridad de Minto, manifestando cuál era la situación de los tripulantes del *Alcestes* y pidiendo auxilio.

Al encuentro de la canoa salió un bote lleno de enemigos armados. El oficial agitó su sombrero amistosamente, y el bote se acercó más; pero al principio no se pudo deducir nada del proceder de los salvajes, como no fuera que desearan la camisa y el pantalón del guardia marina. El oficial, sin embargo, puso la carta en manos de los salvajes, pronunciando repetidas veces la palabra Minto y mostrándoles un duro para indicar que serían bien recom-

pensados si volvían con la respuesta. Al parecer, comprendieron bien, y hubiérase creído que estaban dispuestos á cumplir con el encargo. En su consecuencia, volvimos á la orilla, esperando ser atendidos; pero ya se comprenderá que la carta no se entregó.

Entretanto, la fuerza hostil había aumentado gradualmente y contaba ya con cincuenta embarcaciones de diverso tamaño. Algunos de los que se dedicaban á coger algas marinas dirigiéronse hacia el campamento inglés como para pedir parlamento, y trataron de hacer comprender al capitán Maxwell que todos los malayos, menos ellos, eran hostiles á los ingleses de la isla, debiendo temerse que los demás nos atacaran durante la noche. En su consecuencia, solicitaban permiso para subir á la colina para proteger el tesoro del *Alcestes*. En semejante oferta se transparentaba demasiado la traición, y ya se comprenderá que fué desechada.

—Ya lo guardaremos nosotros,—contestó el capitán Maxwell.—Muchas gracias.

Los malayos se retiraron, lamentándose de la astucia del inglés.

Al acercarse la noche; y como el aspecto de los salvajes fuera cada vez más amenazador, los oficiales ingleses y marineros se reunieron, y, después de pasar revista á su gente y á elegir los que debían vigilar, el capitán Maxwell dirigió á todos el siguiente discurso:

«Amigos míos: habréis observado durante todo el día, lo mismo que yo, el gran aumento de las fuerzas del enemigo, pues como tal debemos considerarle, y la actitud amenazadora que ha tomado. Tengo fundados motivos para creer que nos atacarán esta noche, y no trataré de ocultar nuestra verdadera situación, porque no creo que haya aquí un solo hombre que tema arrostrar cualquier peligro. Estamos ahora bien parapetados, y nuestra posición es, por todos conceptos, tan buena, que con las armas que tenemos se puede hacer una formidable resistencia, hasta contra tropas regulares. ¿Qué se pensaría de nosotros si nos dejáramos sorprender por una partida de salvajes desnudos, armados de lanzas y azagayas? Ciertamente, tienen algún pedrero; pero no pueden traerle aquí. En cuanto á las armas de fuego, no creo que las tengan; pero, si no fuese así, también las tenemos nosotros. Cuando saltamos por primera vez en tierra estábamos indefensos, contando solamente con setenta y cinco cartuchos; mas ahora tenemos seiscientos. Me parece que no vendrán contra nosotros más de quinientos hombres; pero con doscientos como los que ahora me rodean no temo á mil, ni aun mil quinientos, pues tengo la mayor confianza de que serán rechazados. Se les recibirá con una descarga que no se esperan, y cuando se introduzca entre ellos la confusión, haremos una salida, se les obligará á precipitarse en el agua, y apuesto diez contra uno á que nos apoderamos de sus embarcaciones. Que cada hombre esté alerta; y si esos bárbaros intentan asaltar nuestra colina esta



noche, creo que les convenceremos de que tratan con bretones.»

«Tal vez — escribe Mac-Leod — no se oyeron nunca tres *¡hurra!* tan entusiastas como aquellos en que fué acogida la arenga del capitán. Los bosques repitieron el eco, y los hombres que estaban estacionados en la caleta y en el pozo contestaron á los gritos de sus compañeros. Los salvajes debieron oírlo todo, sin duda, y seguramente aquellas aclamaciones les desanimaron un poco, pues á eso de las nueve se observó que hacían señales con luces á los que estaban en la isleta. Nunca hubo quizá marinos con tantos deseos de batirse como los nuestros en aquella ocasión, pues todo se combinaba para excitarlos: la salvaje é injusta agresión por parte de los malayos, más irritante en medio de su desgracia, y el llamamiento del capitán, que bastó para despertar el patriotismo de todos. Hubiérase dicho que se deseaba la llegada de ese enemigo.

»Después de servirse un refrigerio, los hombres se echaron junto á sus armas, según costumbre; mientras que el capitán fué á reunirse con los encargados de la vigilancia. Una falsa alarma durante la noche demostró que todos estaban preparados, porque en un instante se les vió en sus puestos, aunque enojosos por no ver al enemigo.

»Amaneció, al fin, el lunes, día 3, y vióse á los piratas ocupando la misma posición; pero ahora tenían diez embarcaciones más, llegadas, sin duda, durante la noche, y ahora los malayos eran, por lo menos, seiscientos hombres. La situación del capitán Maxwell y su gente hacía cada vez más crítica. Las provisiones no podían durar ya mucho. Agua no faltaba, porque se había encontrado un segundo pozo al pie de la colina; mas era imposible prolongar la situación sin víveres, por mucho que se economizara su distribución. En cambio, el enemigo aumentaba en fuerzas, y no quedaría pronto más alternativa que precipitarse contra los piratas para tratar de apoderarse de sus embarcaciones, con peligro de morir á manos de aquéllos, ó perecer de hambre en el campamento. Lo primero pareció preferible, y se propuso dar el ataque por la noche con cuatro botes bien armados. Se trataría de apresar una embarcación del enemigo y montarla al punto para repetir el ataque con mayor fuerza, practicándose la misma maniobra mientras fuera posible. El proyecto parecía desesperado, mas era el único que en concepto de los más ofrecía alguna probabilidad de salvación. Navegar en la balsa para exponerse á que los barcos de los piratas la cercasen é hicieran fuego sobre ella era exponerse á una muerte segura; pero esto no arredró ni un momento á la gente del capitán Maxwell, y éste dispuso que aquel día, por lo menos, no se intentase nada.

Las horas transcurrían lentamente, cuando á eso de mediodía se hizo un descubrimiento.

Un oficial, Mr. Johnstone, había trepado á uno de los árboles de la cumbre de la colina

para ver si llegaba algún socorro por la parte de Batavia; y apenas hubo subido divisó á lo lejos, en el horizonte, una vela que se aproximaba, pareciéndole que era más grande que la de los barcos malayos.

Un momento después miró hacia abajo para ver qué se hacía en el campamento, y pudo oír que sus compañeros discutían sobre las probabilidades del éxito de una salida nocturna.

Fijó su vista una vez más en la vela, y, seguro ya de que no pertenecía á un barco malayo, agitó alegremente su sombrero, gritando:

— ¡Una vela! ¡Sin duda, es el socorro!

Las conversaciones cesaron al punto; todos los hombres se pusieron en pie y fijaron sus miradas en el árbol y en el oficial; pero no resonó ninguna aclamación, porque la noticia era demasiado buena para que se creyese en ella.

El capitán Maxwell envió á buscar á uno de los hombres que empleaban para las señales, dióle un telescopio y le mandó subir al árbol, gritando al mismo tiempo:

— ¿Está V. completamente seguro, Sr. Johnstone?

Doscientos hombres retuvieron el aliento para oír mejor, mientras que el oficial contestaba:

— Muy seguro: es un buque que tiene aspecto de bergantín, y navega hacia la isla á toda vela.

El otro hombre acababa de trepar al árbol con su telescopio, y, apuntándole en la dirección indicada, observó un momento y dejó de mirar después.

— ¡Es muy verdad! — dijo.

Todos elevaron al cielo una oración de gracias. Los malayos observaban, y, sin duda, sospecharon lo que ocurría, pues al punto fijaron sus miradas en el horizonte. Habíase formado allí una nube; pero muy pronto se destacaron de ella las velas cuadradas de un buque, y un momento después el pabellón británico flotó orgullosamente sobre el campamento, juzgando el capitán que esta señal atraería al buque, en el caso de que fuera solamente un extranjero.

Sin duda, los malayos se alarmaron mucho, pues se notó entre ellos un gran movimiento, y con este motivo se pensó posible acercarse al borde del arrecife para hacer fuego contra el enemigo y apresar alguna de sus embarcaciones; pero aquellos salvajes sospecharon, al parecer, el propósito del capitán Maxwell, pues en el momento en que aparecieron algunos de nuestros hombres, el juncó más próximo hizo fuego con un pedrero, y todos los demás barcos se hicieron á la vela, sufriendo algunos disparos de los ingleses; mas, por desgracia, éstos no dieron ningún resultado, no solamente por la destreza con que los malayos manejaban sus embarcaciones, sino porque el viento nos era contrario y permitió á los piratas ganar las rocas: solamente dos juncos chocaron contra un arrecife; pero pudieron salvar el obstáculo. Era curioso ver la ansiedad con que los marinos trataban de conservar su pólvora seca, sujetándose los cartuchos sobre el pecho, y



manteniendo altas sus armas de fuego para cargarlas después de disparar, mientras que los marineros, blandiendo sus picas, esperaban el momento de atacar. Sin embargo, fué una fortuna no haber acometido antes, pues entonces el enemigo estaba más dispuesto á huir que á otra cosa, pues si se les hubiera atacado antes de divisarse la vela, probablemente habrían hecho una matanza entre los ingleses, apoderándose de muchos de ellos.

hogueras. Toda la gente se embarcó con la celeridad posible, y se llegó á Batavia sin contratiempo alguno el día 9 de marzo, habiéndose hecho á la vela en la isla el 7.

Lord Amherst salió á recibir á los náufragos y dispuso que se preparara una gran mesa para los oficiales y su séquito. Se alojó cómodamente á todos los demás, y muy pronto olvidaron las fatigas y privaciones que sufrieron durante diez y nueve días en la isla. Algunos habían



LA TRIPULACIÓN DEL «ALCESTES»: Los piratas fueron alcanzados...

El buque enviado en nuestro auxilio resultó ser el *Ternate*, crucero de la Compañía de la India Oriental, enviado por lord Amherst el mismo día de su feliz llegada á Batavia. Mister Ellis y sus compañeros, que venían en este buque, fueron recibidos en el fuerte Maxwell con ruidosas aclamaciones por toda la guarnición, que, así como los habitantes, presentaban un aspecto muy romántico. Algunos de las cabañas, según se las llamó, se componían de ramaje con tejadillo de hojas de palmera, y hallábanse diseminadas entre los altos y majestuosos árboles. Las toscas tiendas de los demás y el aspecto haraposo de los hombres, armados de picas y cuchillos, ofrecían un punto de vista muy pintoresco al resplandor de las

padecido mucho por los efectos del sol y las copiosas lluvias; pero no se resintió la salud de ninguno.

(Se concluirá)

### \*\*\* PENSAMIENTOS \*\*\*

—Son como las avellanas muchas promesas. Por fuera, muy buenas; y por dentro, vanas.

—No existe la impunidad del vicio. Es el pecado al que acompaña la más penosa penitencia.

—Los matrimonios se parecen á la salve.

Después de vida y dulzura se pasa al á ti suspiramos, gimiendo y llorando.

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA